

Un instante despues llegó la señora Joaquina sofocada y jadeante. Lorenzo llevó el caballo á la cuadra.

Cuando salió, dijo Enriqueta:

—Agradezco á VV. mucho los cuidados que se han tomado por mí; pero quisiera estar sola para descansar un rato: cuando llegue mi doncella les agradeceré mucho que me la envíen en seguida. Adios, señora; adios, amigo mio.

Hizo á la madre y al novio de Celeste una graciosa señal de despedida con la mano, y empezó á subir la escalera que conducia á las habitaciones superiores.

Los dos labriegos no tuvieron más remedio que marcharse.

Lorenzo iba deslumbrado, ó más bien embriagado de vanidad: la hermosa dama le habia llamado con la mayor llaneza *¡amigo suyo!*

V.

LÓGICA DE PERICO.

Ya estaba muy adelantada la tarde cuando llegó la camarera Teresa, que, segun los deseos de su ama, le fué enviada al instante.

Era una muchacha de unos veinte años, morenita, rosada, alegre y bachillera.

Su traje era esmerado y bonito: componíalo un vestido de seda verde, pues habia venido en un carruaje de

alquiler, y un fichú de tul blanco, con encajes imitados, y un lindo lazo en el pecho, de cinta rosa.

Los cabellos negros de Teresa estaban peinados con gracia, en gruesas trenzas que descendian de sus sienas.

Cuando llegó á la quinta, Enriqueta, que se habia despojado ya por sí misma de su traje de montar y se habia puesto una bata blanca guarnecida de encajes, riñó un poco á su doncella por haber tardado tanto, y la mandó preparar el baño.

—Señora—dijo Teresa—aquí no hay perfumes ni sé quién ha de poner el agua: el baño es una hermosa pila de mármol blanco, pero está inútil.

—Dejarémos por hoy el baño—repuso Enriqueta;—pero no olvides que mañana lo quiero dispuesto.

—¡Dios mio, señora, yo no sé qué idea le ha dado á usted de venir aquí!—exclamó pesarosa la camarera.—¿No era mejor haber marchado á una de esas aguas extranjeras donde se reune lo más brillante de la aristocracia?

—Me cansan esos círculos—respondió Enriqueta;—sólo apetezco silencio y soledad.

—¡Pues aquí va V. á tener demasiada!

—¡Mejor!

—¡Y se aburrirá V. al instante!

—Entónces nos marcharemos.

—¿Pero qué va V. á hacer aquí?

—¿Qué te importa?—repuso Enriqueta con bastante aspereza;—no te cuides de mí, que yo basto para eso.

Teresa calló ante la reprimenda de su ama, pero no por mucho tiempo; su lengua locuaz no podia estarse quieta.

33865

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTEREY, MEXICO

—Señora—dijo—si V. me lo permite iré á ver lo que hace falta en casa para ir á buscarlo á la aldea.

—Vé—respondió Enriqueta—que tenía pocas nociones de las necesidades interiores de una casa.

Teresa dió una vuelta, y se dijo á media voz y á sí propia :

—Una lámpara solar, un servicio de tocador de porcelana, dos cepillos, un servicio para té, una vajilla completa para señora.

Concluida esta rápida revista, Teresa salió de la quinta con direccion á la aldea.

Al lado de la puerta halló á Lorenzo apoyado en su escopeta.

—Oiga V., buen mozo—dijo Teresa con desenfado—podría V. decirme, como del país, quién me podrá prestar algunas zarandajas que necesito para la señora?

—¿Para qué señora?—preguntó Lorenzo, como si saliese de un sueño.

—Para la mía; doña Enriqueta de Sotomayor.

—¿Qué! ¿se halla aquí?

—Ha llegado esta mañana.

—¿Sería la señora que ha llegado á caballo con un criado?

—La misma: el criado era Leandro, el ayuda de cámara del señor Marqués: ¡buena pieza!

—¿Es casada la señora de V.?—preguntó con ansia Lorenzo.

—¡Casada! ¡ella casada!—preguntó Teresa riéndose á carcajadas—¡jamás lo fué!

—Pero.....

—Pero ¿qué?

—¿Se casará algún día?

—¡Yo qué sé! ¡Se ven cosas más extrañas que ésa!

—¿Pero no ama á nadie?

—Me parece que no.

—¿Y no lo sabe V. de cierto?

—¡Hombre de Dios! ¿pues yo soy su confesor?—exclamó Teresa soltando la carcajada.

Luégo añadió:

—Con que vamos, dígame V., ¿á quién podré pedir lo que falta en casa?

—¿Qué objetos son?

—Cosas todas de lujo, de ésas á las que está acostumbrada mi señora.

—Pues no sé que las haya más que en casa del alcalde ó del señor cura.

—¿Es el alcalde ese palurdon á donde hemos venido á parar?

—El mismo.

—¿Uno que tiene una chica rubilla como un fideo?

—Sí—contestó Lorenzo con mal segura voz, al pensar que faltaba á la fe de su amor en no defender á Celeste.

—¡No he visto chiquilla más esmirriada! ¡Parece que no tiene aliento ni para hablar! Pero, abur; me voy á ver si hallo esas frioleras, que la señora aún no ha tomado nada, y habré de hacerle, por lo ménos, unos huevos pasados por agua y un té.

Teresa tomó á buen paso el camino que conducía á Cabañas.

Lorenzo la siguió con la vista: hubiera querido ir tras ella, porque sentía un ánsia inexplicable de hablar de Enriqueta; pero aquella criada lenguaraz, entrometida y burlona le imponía más que su ama, dulce, grave y casi majestuosa en medio de su tristeza.

Dejóla ir, pues, y él regresó á su alquería, que estaba cerca de la quinta, pues ésta se hallaba situada á la salida de la aldea.

Entre tanto Enriqueta recorría la que debía ser su nueva morada, más bien por pasar en algo el tiempo que por verdadera curiosidad; no mentía la expresión de su rostro cuando acusaba el cansancio de su espíritu: aquella jóven estaba marchita y agostada como una flor en los ardores de la canícula.

La habitacion era cómoda y espaciosa. Constaba de un salon bastante grande, de algunas salas más pequeñas, de tres á cuatro gabinetes y de varios cuartos interiores para criados: era de construcción antigua, pero bien cuidada, ó mejor dicho, muy poco usada, pues casi nunca la habían habitado sus poseedores.

Enriqueta no quiso tomar para sí ninguna de las habitaciones que daban al jardín, y se instaló en una que daba á la campiña, y desde la cual se descubría el pueblo con su alto campanario y todas las alquerías y caseríos inmediatos, como otros tantos nidos de verdura en la espesura de un bosque.

Era una salita cuadrada con un gabinete dentro, que calculó podría servirle de dormitorio y tocador.

Sentada junto á la ventana, observó cómo Lorenzo hablaba con su doncella, y cómo despues de haberse

ésta encaminado al pueblo, se volvía el amante de Celeste cabizbajo, pensativo y triste, no sin haber echado sobre la quinta una larga mirada.

Enriqueta le siguió con la vista, y dijo para sí:

— ¡Sería otro nuevo capricho de mi destino!

Y quedó muy pensativa.

Dejémosla meditar y acompañemos á Teresa, que por primera providencia se fué derecha á casa del alcalde.

Entró en la casa y se dirigió á la salita situada en el patio, donde se hallaba Celeste y donde habia descansado su ama.

Allí estaba la jóven, meditabunda y triste: un rayo de sol poniente caía sobre sus rubios cabellos, comunicándoles un matiz más dorado y más fuerte y animado su rostro con una luz ficticia como el resplandor cobijado bajo un blanco y trasparente fanal.

Aquellas alegres tintas de la tarde hacían un doloroso contraste con las huellas de lágrimas que aún habia en sus mejillas.

El alma de la pobre Celeste habia sido herida profundamente por la indiferencia de Lorenzo.

— Di, muchacha — gritó Teresa al entrar — ¿teneis aquí un servicio de tocador, de porcelana?

Celeste volvió la cabeza y miró asombrada á la camarera.

— No sé lo que V. me pide — respondió con dulzura.

— ¿Que no? ¡vaya que estos palurdos parece que se han criado comiendo bellota! — exclamó la criada entre enojada y burlona.

— Pues parece lo que no es — respondió una voz ás-

pera desde un rincón de la sala;—que yo me estoy mendrando una rica magra.

Teresa se volvió á su vez, y vió á Perico que engullia un enorme pedazo de pan, acompañado en efecto de un trozo de carne de cerdo, salada por la diestra mano de la alcaldesa.

—¿Y que me importa á mí, zopenco, que tú comas magras? —respondió Teresa.

Pero aún no habia acabado de pronunciar la palabra *zopenco*, cuando sintió el más vigoroso puntapié que en su vida habia imaginado.

—¡Habrás visto el tunante, pegarme á mí!— vociferó la camarera, en cuyo vestido de seda quedó impreso todo el pié de Perico, que era enorme.

—¡Otro por el tunante!—repuso éste, dándole un segundo puntillón más fuerte que el primero.

Luégo añadió :

—¡Y largo de aquí! en esta casa honrada no se dan almuerzos para *galopinas* como tu ama y como tú.

—¿Pues quién pide de almorzar?—preguntó Teresa, que se ahogaba en llanto de cólera—yo pido un servicio para té.

—¿Té? aquí, cuando estamos malos, lo hace madre en un puchero; y dile al truhan de Lorenzo que si le veo gastar *palique* contigo, le rompo un garrote en las castillas.

—Yo no le busqué para hablar con él, ¿estamos? él fué quien me buscó á mí para hablarme de mi señora.

—Ya, ya os vi buen rato *chafarreando* (1); y como

(1) Hablando.

os vuelva á ver, á los dos os compondré, que es Perico Carrasco muy abonado para romperos los huesos.

—Él me preguntó quién era mi señora.

—Maldito lo que le importa.

—Y si era viuda.

—¡Dale!

—Y si pensaba casarse....

—¡Que largo de aquí, y aprisita!—gritó Perico fuera de sí de cólera contra Teresa, al ver la palidez que iba cubriendo el rostro de su hermana á medida que oía las noticias de la camarera—¡eh, ya estás aquí de más!

Y cogiendo con mano vigorosa el brazo de la muchacha, la sacó fuera de la habitacion.

Después se dirigió á Celeste, por cuyas mejillas volvian á correr nuevas y más dolorosas lágrimas, y le dijo :

—Vamos, tonta, no llores, y créeme : olvida á ese tunante de Lorenzo, que no te merece.

—¡Dios mio, no hables así de él!—exclamó la pobre Celeste—¡no sabes cuánto es lo que le quiero!

—¡Y no sabes tú lo poco que lo merece! ¿No te dije ya muchas veces que era un mandria, vanidoso, y que tenia los huesos duros para trabajar? ¡Si ninguno que ha sido de tropa sirve ya *pa* nada! Si te casas con él, á pesadumbres te ha de matar, y entónces será cuando yo le arregle.

—No, Pedro—repuso suavemente Celeste;—él es bueno; es verdad que ayer miraba mucho á esa señora, pero....

—¿Y eso es ser bueno? el hombre que tiene novia á ella sola debe mirar.

— ¡Pero es tan hermosa y viste con tanto lujo!.....
¿ Tú la has visto?

— No, ni quiero; pero por hermosa que sea, ¿ te puede llegar á tí á la suela del zapato?

— ¡ Á él le gustará más!

— ¿ Y te has de casar con un hombre á quien gusta otra mujer más que tú? Y otra cosa: ¿ hay algun hombre debajo del cielo que te merezca á tí? No te cases, y vive al lado nuestro toda la vida: el dia que padres falten, aquí estoy yo; y aunque bruto, te querré y mimaré mejor que todos los maridos del mundo, y serás la reina del lugar.

— ¡ Gracias, querido Pedro de mi alma! — dijo Celeste, apoyando su rubia cabeza en el seno de su hermano; — ya sé yo, y todos sabemos, que eres bueno; como dice madre, bueno como el pan blanco, y te aseguro que si no me caso con Lorenzo no me casaré con nadie, y viviré á tu lado; yo amaré á tu mujer y á tus hijos, y los miraré como á míos.

— ¿ Casarme yo? ¡ facilillo es! el *güey* suelto bien se lame; ni tengo yo genio tampoco para andar con *pijoterías* de mujeres: tú eres la única á la que aguanto de buena gana, que no en balde es uno hijo de la misma madre, y jugamos juntos de chiquillos; ¡ pero aguantar á otra hija de otra madre, que me pregunte á dónde eché el jornal, y de dónde vine, *nequaquam!* Vaya, vaya, sosiégate, que no merece ese fachenda que tú llores; voy á subirle leña á madre, que aunque no me la ha pedido he visto que no hay arriba, y no es regular que ni ella ni el *esperreque* de Mariano bajen á buscarla.

Perico salió, y Celeste, volviendo otra vez sus hermosos ojos hácia el cielo, como si allí viese su patria, empezó á llorar de nuevo, silenciosa y copiosamente.

VI.

LA DECLARACION.

Teresa no tuvo ánimo para ir á casa del cura, atendido el vivo dolor que le habian causado las bruscas correcciones de Perico, y determinó regresar á la quinta.

Por el camino la hacian llorar tres causas diferentes.

Primera, el dolor material antedicho.

Segunda, la pena de haber perdido su flamante vestido de seda verde, regalo reciente de su señora.

Tercera, la rabia de la ofensa recibida.

Teresa, como todos los criados confidentes, habia estado siempre muy mimada; sus habladurías no habian llegado nunca á comprometer á su ama, porque no pasaban de ciertos límites: así, aquella severa correccion, la cogió tan de nuevo y le produjo tal ira, que sus mejillas ardian y sus ojos echaban chispas.

La noche iba cayendo sobre la campiña y sobre la aldea con su manto de sombras: cada ventanita mostraba una luz en su fondo, cada hogar estaba iluminado, y preparándose en él la cena de la familia.

El campo estaba desierto; cada labrador se hallaba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

entre sus hijos y su mujer, jugando con los primeros y mirando trabajar á la segunda.

¡Dulce descanso del padre de familia que riega los campos con el sudor de su frente!

Ya iban naciendo las estrellas; los rebaños, conducidos por los pastorcillos, balaban sintiendo la proximidad del establo; los bueyes llegaban tambien, haciendo sonar sus campanillas de cobre, y la campana del presbiterio tocaba el *Angelus* con grave solemnidad.

Aquel cuadro encantador nada decia á la camarera, cuya alma estaba endurecida en cuidados y servicios tan venales; para esas pobres muchachas no hay juventud: la savia de sus almas se va con los malos ejemplos y por el influjo del oro que paga sus picardías.

Teresa no concedió ni siquiera una mirada á tanta poesía, á tanta belleza, á tan sublime sencillez: enfurecida con sus pensamientos, rabiaba contra las cigarras que cantaban en las ramas de los árboles, y á imitacion de Mirabeau, el gran genio de que la Francia se envanece con tanta justicia, hubiera dado de palos al estanque y á los arroyos para hacer callar á las ranas (1); sólo fijó su atención una sombra sentada en un banco de piedra que habia en la plaza de árboles donde estaba situada la quinta.

No era el valor la cualidad que más sobresalia en Teresa, y estuvo para volverse atrás: no obstante, era

(1) Mirabeau tenia un estanque en su palacio de verano, que hacia apalea cada noche, porque decia que las ranas le impedian dormir.

tal el horror que le inspiraba el hijo del alcalde, que tuvo miedo de encontrarle, y prefirió acercarse cautelosamente, con los movimientos de una gata astuta.

Dió pues algunos pasos con el menor ruido posible, y bien pronto reconoció á Lorenzo.

—¡Vaya una cosa rara!—se dijo la camarera;—parece que no puede separarse de las paredes de la quinta; ¿se habrá enamorado de mí? no me importaría, porque es un real mozo y tiene trazas de ser rico.

No sabiendo el nombre de la persona que la preocupaba, tosió ligeramente, y Lorenzo volvió la cabeza.

—¿Qué es eso? ¿quién va?—preguntó volviéndose azorado.

—Soy yo, que vengo del lugar—respondió Teresa;—¡y ojalá no hubiera ido!

Era tan lloroso el acento de la jóven, que Lorenzo se volvió sorprendido.

—¿Por qué razon?—le preguntó;—¿qué ha sucedido?

—Ante todo, ¿cómo se llama V.?—preguntó Teresa, cambiando su acento lacrimoso por otro de coquetaría.

—Me llamo Lorenzo, para servir á V.—contestó Lorenzo, que como habia sido militar tenia buen modo.

—¡Pues bien, señor Lorenzo, no puede V. figurarse lo que me ha sucedido; he ido á casa del alcalde á ver si tenia un servicio de té para la señora, y un cafe de muchacho que habia allí me ha maltratado!

—¿Y le han dado á V. lo que pedia?—interrogó ansioso Lorenzo.

—¿Querrá V. creer que me ha dado dos puntapiés?
¡Oh, mire V. mi hermoso vestido de seda, regalo de mi señora, lleno de estiércol! ¡Ya se ve, como que llevaba perdido su calzadote de labriego!

—¿Pero quiere V. decirme si le han dado á V. lo que buscaba?

—Y además ha dicho que como me vuelva á ver hablando con V., como esta tarde, le va á romper á V. en las costillas un garrote.

—¡Ira de Dios! ¿pero le han dado á V. lo que necesita? Responda V. á esto, que todo lo demás me importa poco.

—No me lo han dado, ni sé dónde ir á buscarlo—respondió Teresa, muy admirada de la insistencia de Lorenzo, y atribuyéndola á su deseo de complacerla.

—No hay que buscarlo en ninguna parte—dijo el jóven.

—¡Cómo! ¿qué dice V.?

—Que si quiere V. venir conmigo á la ciudad, ahora mismo comprarémos cuanto haga falta.

—¿Pero hemos de ir á pié?

—Sólo hasta Alagon, que dista media hora; de allí saldremos con la galera del ordinario, que á causa de la estacion sale á las diez.

—¿Pero á qué hora volverémos?

—Yo, en seguida.

—¿De qué modo?

—Á caballo ó andando, tanto me da.

—¿Andando tres leguas?

—Poco me importa; traeré yo lo que compremos, y al amanecer se lo entregaré á la señora.

—Pero hay una dificultad.

—¿Y cuál es?

—Que cuando lleguemos á la ciudad estarán ya todas las tiendas cerradas.

—Es cierto—murmuró Lorenzo, quien en el ardor de complacer á Enriqueta no habia reflexionado en eso.

—Lo que podemos hacer es otra cosa—dijo Teresa.

—¿Qué cosa?

—Marcharémos al amanecer.

—Veo que no hay otro remedio.

—Y es lo mejor: la señorita pasará esta noche como pueda, y mañana al mediodía tendrá ya todo lo necesario.

Al decir estas palabras, la jóven se volvió: habia oido un ruido detras de ella. Lorenzo se volvió tambien, y su vista, más perspicaz, descubrió al instante el objeto que le producía.

Era Enriqueta, que, cansada de su soledad y deseando aire y frescura, habia ceñido su peinador con un largo cordon de seda azul; y bajaba á pasearse por el campo.

Lorenzo, como movido por una fuerza galvánica, se levantó y quiso ir hácia ella; pero le faltó el valor y permaneció de pié, inmóvil y como avergonzado.

Enriqueta se dirigió á su doncella y le dijo severamente:

—¿Dónde has estado?

—Ya dije á la señorita que iba á buscar algunas cosas que hacían falta.

— ¡ Más valia que no hubieras salido de casa ! vuelve allá y hazme té ; luégo voy yo.

Teresa no respondió una palabra y tomó el camino de la quinta : su ama se sentó en el banco que habia ocupado Lorenzo, y éste permaneció de pié delante de ella.

— ¿ Por qué no se sienta V. ? — le preguntó Enriqueta con acento dulce ; — ¿ acaso me tiene miedo ? he visto que se hallaba entretenido con mi doncella, pero esa impertinente debia recordar que yo la necesitaba en casa.

Lorenzo se sentó con timidez á la esquina del banco, y Enriqueta se respaldó en él con indolencia.

— Es muy bello este país — empezó la jóven, por no saber qué decir y deseosa de hacer hablar, para divertir su tedio, á aquel hombre casi mudo y que temblaba como una doncella ; — ¿ ha nacido V. en él ?

— Sí, señora — respondió Lorenzo con mal segura voz.

— ¿ Tiene V. familia aquí ?

— Tengo á mi padre.

— ¿ Y su madre de V. ?

— Murió hace tiempo.

— Es una desgracia cuya enormidad conozco en mí propia — dijo Enriqueta dando un suspiro : — ¡ si yo no hubiera perdido á la mia no hubiera sido tan desgraciada !

— ¿ Ha sido V., pues, desgraciada ? — preguntó Lorenzo con una ansiedad tan viva que á la señorita de Sotomayor le pareció en extremo cómica.

— Sí, muy desgraciada — respondió dominando á su deseo de burlarse algun recuerdo triste.

— ¿ Y ahora ? — tornó á preguntar Lorenzo con ansiedad.

— Ahora lo soy ménos.

— ¿ Pero sufre V. todavía ? ¿ no es V. aún del todo feliz ?

— No, amigo mio ; pero no hablemos de mí, sino de usted, que merece ser dichoso, y que sin duda lo es.

— ¡ Ay, no señora ! — respondió Lorenzo ; — ¡ tambien soy desgraciado !

— ¿ De véras ? ¿ Y podré saber el origen de las penas de V., aunque yo deba ocultarle las mias ? ¿ No hay, pues, tampoco en este rincon de la tierra paz y calma ?

— Para mí no, y la causa principal de que yo sea infeliz es el tener que vivir en este rincon de tierra, como usted lo ha llamado con tanta razon.

— ¡ Dios mio ! ¿ dónde se puede, pues, vivir mejor que en el país donde uno ha nacido, y entre sus afecciones ?

— Sin embargo, V. no es de este país, señorita, y viene á él, donde creo que tampoco conoce á nadie.

— Vengo á ver si recobro la salud — respondió Enriqueta mordiéndose sus finos labios, y no poco sorprendida de aquella inesperada respuesta.

— ¿ Está V. enferma ?

— Mucho ; pero no hablemos de mí.

— ¡ Oh, sí ! hablemos, hablemos — exclamó Lorenzo con una vehemencia que casi espantó á la jóven ; — ¿ de qué cosa mejor podemos hablar ?

— De V. — respondió Enriqueta sonriéndose.

— ¡ De mí ! bien poco tengo que decir á V. : he servido en el ejército siete años ; llegué á sargento primero

sin desearlo, porque mi anhelo, al cumplir contra la voluntad de mi padre mi suerte de soldado, era ver otro mundo y más dilatados horizontes: aquí me ahogaba; tal era mi deseo, que á pesar de los ruegos de mi padre, de quien soy hijo único, marché.

—¿Y deseaba V. volver?

—Sólo deseaba abrazar á mi padre; pero si éste hubiera querido dejar su residencia aquí y haberla fijado en una ciudad populosa, yo hubiera sido mucho más feliz; sin embargo, eso es imposible—continuó Lorenzo con tristeza:—mi padre es labrador y apegado á sus costumbres; aquí en el pequeño cementerio de Cabañas está enterrada mi madre, y aquí está toda nuestra hacienda: á mi padre le llaman Bruno *el rico*.

—Creo, sin embargo, que ahora estará V. más resignado con su suerte—dijo Enriqueta con una media sonrisa.

—¿Y por qué cree V. eso?—preguntó Lorenzo, cuya timidez iba desapareciendo.

—¿Por qué? Porque esta mañana, cuando yo estaba en casa del alcalde y V. entró, vi á una linda jovencita que allí habia, y creo que es hija de Juan María, ponerse muy encarnada y mirarle muy tiernamente.

La señorita de Sotomayor dijo estas palabras con tono chancero y llena de graciosa malicia; pero la frente de Lorenzo se nubló al oirlas, y respondió con amargura:

—¿Y es acaso una razon el que Celeste se ponga encarnada para que yo sea dichoso?

—Sí, porque su rubor era de esa especie que vende al amor.

—Ó á la tontería; pero no quiero ocultar á V. la verdad, señorita; está tratado nuestro casamiento.

—¿No lo decia yo?—exclamó Enriqueta dando palmadas, con una expresion de triunfo gracioso y alegre.

Luego, poniéndose seria, preguntó á Lorenzo:

—¿Y entónces por qué galantea V. á mi doncella?

—¡Yo!—exclamó Lorenzo estupefacto.

—¡Usted, sí, V.! En el dia de hoy ha hablado V. ya dos veces con Teresa, y se me figura que no le disgusta á V.

—Pues está V. equivocada—respondió Lorenzo con orgullosa frialdad.

—¿De véras? Cuidado, que yo soy lista para conocer esas cosas: por otra parte, ¿qué tendría de extraño? Teresa es bonita, graciosa, coqueta, viva, y tiene veinte años, y hasta que incline V. la cabeza al yugo matrimonial....

—Á pesar de todas estas ventajas no he pensado ni un solo instante en Teresa.

—¿Pues de qué le hablaba V. esta tarde cuando salió poco despues de llegar á la ciudad?

—¡De V.!

Lorenzo dió esta breve pero atrevida respuesta, no llevado de su descaró militar, que era bastante grande, sino como si hablase en sueños y contra su voluntad.

Despues de haberla dejado escapar quedó como aterrado de lo que habia dicho, y se retiró dos pasos hácia la sombra de un árbol como temiendo que la luna alumbrase su rubor.

Enriqueta quedó suspensa al oirle; pero tenia dema-

siado mundo y presencia de ánimo para aturdirse por tal cosa, y bien pronto se recobró.

Sonó una carcajada sonora, y repitió:

— ¡De mí! Eso podría ser ayer; pero ¿y hoy? ¿ahora, hace poco?

— De V. también—respondió Lorenzo, más animado, al ver que sólo producía risa lo que él había creído que iba á causar un violento enojo.

Á esta segunda respuesta sucedió el silencio.

Enriqueta fué la primera que lo rompió: levantóse del banco donde había estado sentada y dijo á Lorenzo con tono frío:

— Amigo mio, no se ocupe V. de mí.

— Cierto es, señora, que yo soy indigno de eso—repuso con sardónico acento el novio de Celeste.— ¿Cómo me atrevo, pobre y oscuro labriego, á pronunciar el nombre de V.? ¿No es cierto que es una osadía sin ejemplo? Nada tendría de extraño que me ocupase de su doncella; pero de V. es otra cosa. Sin embargo, si la boca calla para obedecerla, el pensamiento es libre.

— ¿Y cree V. ocuparle por largo tiempo de mí?

— Toda mi vida; ¿y podría ser de otro modo? Oigame V., señorita, y sepa al ménos una vez lo que siento desde hace algunas horas, porque es tanto, aunque el espacio es corto, que no me cabe en el pecho. Desde que he visto á V. me he olvidado de todo y de todos: sólo en derredor de V. vivo; no sé separarme de los muros de esta casa, ántes cerrada y muda para mí; en cualquier otro sitio me parece que el cielo se aplana sobre mi cabeza, y que me falta aire para respirar.

Un rumor de hojas que se oyó en una especie de seto, á espaldas de la plazuela, cortó la palabra á Lorenzo. Luégo asomó una rubia cabecita entre los hojaranzos, y dijo una vocecita clara y dulce:

— Buenas noches, Lorenzo.

— Adios—dijo Enriqueta en voz baja y azorada— hasta mañana.

Y desapareció entre la espesura del lado opuesto.

Al mismo tiempo que la jóven salía de la plazuela, entraba en ella Mariano, el hermano de Celeste.

— ¿Con quién hablabas, Lorenzo?—le preguntó;— yo he venido aquí con madre y Celeste á tomar un poco el fresco despues de cenar. Padre y Perico no han querido venir y se han ido á sentar á la puerta del señor cura.

— Yo no hablaba con nadie—respondió Lorenzo de mal humor.

— Hablarías solo; pero tú hablabas.

— Leia.

— ¿De noche?

— ¿No hay buena luna?

— ¡Ah, es cierto!—repuso cándidamente el niño;— Celeste lee á la luna algunas veces; pero aquí viene con madre.

En efecto, Joaquina y su hija entraban entónces en la plazuela de los árboles. Celeste venía cabizbaja y triste: la alcaldesa fué, pues, la primera de las dos que vió al hijo de Bruno.

— ¡Hola! ¿Tú por aquí?—le dijo con su jovial y rústica franqueza.— ¿Qué haces ahí solo pensando en los aviones?

— ¡Toma! ¿Qué he de hacer? — repuso con acritud Lorenzo. — ¡Ya lo ve V., tomar el fresco!

— Pues, hombre, para eso más regular era que lo tomases con nosotras — dijo Joaquina picada; — hoy no se te ha visto el pelo más que un cuarto de hora; vaya, vaya, vén acá, que hemos de ajustar una *cuentecica*.

Joaquina, que era recta y severa, se fué á sentar con majestad en un banco, y Lorenzo hizo lo mismo con ademan de desafío.

— ¡Madre, por Dios, no le trate V. mal! — murmuró Celeste en voz baja.

— Calla, hija, calla; las cosas claras y el chocolate espeso — dijo la alcaldesa; — es menester que yo le cante á éste las verdades del barquero.

— Pues empiece V. — dijo Lorenzo — que yo no me he de morder la lengua para responderle.

VII.

ÁGUILA Y TÓRTOLA.

— Lorenzo — empezó la alcaldesa — me alegro mucho de hallarte aquí, porque deseaba hablarte: no quiero que Juan María se mezcle en este asunto; temo á los enfados de los hombres, que son terribles; y si él supiera lo que pasa, se enfadaria de fijo.

— ¿Qué pasa, pues? — preguntó Lorenzo con socarrona admiración.

— ¿Qué pasa? Poca cosa aún; pero yo quiero evitar que pase más: hoy no te hemos visto más que un momento por la mañana, cuando ibas ó volvías de tu maldita caza, que Dios confunda.

— ¿También le parece á V. mal que vaya á cazar?

— ¿Pues no ha de parecérmelo? ¡Y muy mal! En vez de ir á cazar como un señor, debías de estar cavando como un Labrador honrado.

— ¿Y á V. qué le importa eso?

— Me importa mucho, porque te vas á casar con mi hija, y la verdad, no quiero por yerno á un mandria, á un vanidoso que está gastando conversación con la criada de la forastera: dos veces en pocas horas te han visto con ella; ¿es eso regular?

— ¿Y por qué no lo es?

— Porque el que tiene tratado su casamiento con una muchacha honrada, no debe gastar tiempo con las demas; eso se queda para los de las ciudades, pero no para nosotros; aquí no es el uso ni lo hace nadie, y no quiero yo que mi hija sea plato de segunda mesa.

— Que no lo sea — respondió bruscamente Lorenzo.

— ¡Madre, por la Virgen, que le está V. enojando! — exclamó Celeste á media voz, alzando hasta Joaquina sus ojos arrasados de lágrimas.

— ¡Tú déjame y calla! — gritó irritada la alcaldesa; — ¿pensarás que voy á dejarte como una oveja desamparada entre las garras de ese lobo?

Y volviéndose á Lorenzo llena de fiereza, añadió: